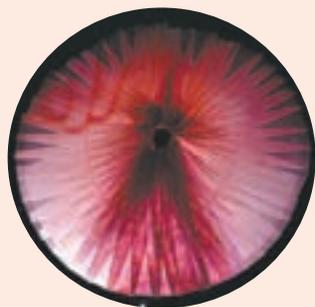


SOY

AÑO 9
N°439
12.8.16



DIVERSAS PERCEPCIONES DE LA VEJEZ DENTRO
DE LA COMUNIDAD GAY SEGUN PASAN LOS AÑOS



EXTREMIDAD CORTE AMOR

Muestra colectiva curada por Emilia de las Carreras sobre erotismo y medicina. Inaugura: sábado a las 18. POPA Galería de Arte, Gregorio Aróz de Lamadrid 882.

AGENDA

soy@pagina12.com.ar

FIESTAS

Mascarada. Baile de máscaras gótico y victoriano. Además, feria, bandas y proyecciones. Sábado a partir de las 17, Espacio Cultural Julián Centenera, Av. San Juan 3255.

Fiesta Tropicaliente. En vivo: Kumbia Queers junto a Sr. Tomate y Las Cocas. Viernes a la medianoche, Teatro Sala Ópera, Calle 58 entre 10 y 11 n° 770, La Plata.

Namunkurá. Especial Invierno. En vivo: Doctor Trincado. Viernes a la medianoche, Requiem Club, Av. de Mayo 948.

TEATRO

Nadar Mariposa. La obra de Lucas Lagré indaga en la relación entre el deber y el deseo en el universo del deporte de alta competencia. Sábados a las 20.30, Espacio Polonia, Fitz Roy 1477.

Bulto Magno. Basada en textos de Alejandro Urdapilleta. Viernes a la medianoche, Apacheta Estudio, Pasco 623.

Donde terminan los rieles. La obra de Tato Cayón es una tragedia contemporánea situada en un baño abandonado devenido en habitación, en alguna estación de tren. Sábados a las 22, Centro Cultural El Deseo, Saavedra 569.

Lluvia y Arcoiris. Liza, Barbra, Judy, todas ellas viven en Margo, un transformista maduro. La obra dirigida por Marcelo Roitman es una postal posible de la vida gay en el Buenos Aires de los 90. Sábados a las 23.30, Teatro Buenos Aires, Rodríguez Peña 411.

CURSOS

Taller Fanzines Feministas. Teoría y práctica a cargo Fátima Pecci Carou y Débora Gutman en el marco de la muestra "Hazlo tú mismo" en el Museo de Arte Moderno de Buenos Aires. Coordina: Fanzineteca F.D.A.C.M.A. Con inscripción previa:

fatima.pecci@gmail.com. Sábado a las 15, Avenida San Juan 350.

Laboratorio de literatura gay queer. A cargo de Facundo R. Soto en el Centro Cultural Rojas. Los viernes de 19 a 21. Inicia el 26 de agosto. Más datos e inscripción: alumnosrojas@rojas.uba.ar

Taller de formación en diversidades para artistas. 100% Diversidad y Derechos invita a participar de un espacio gratuito de capacitación para creadorxs de variadas disciplinas. Comienza el 20 de agosto y será los sábados de 17 a 20. Más datos en: 100porciento.wordpress.com

TERTULIAS

Antiprincesas y antihéroes. La editorial Chirimbote invita a una jornada de debate. Sábado a las 15, Espacio para la Memoria y la promoción de los Derechos Humanos ex CCDTyE "Olimpo", Ramón Falcón 4250.

Las Piba. Recital de poesía. Toca: Paula Trama. Además: Feria de ediciones. Jueves de 19 a 22, Centro Cultural Recoleta, Junín 1930.

Naty Menstrual Show. Viernes a las 22, Espacio MU, Hipólito Yrigoyen 1440.

Primera Jornada de la Red Interdisciplinaria de Estudios de Género. Ya está abierta la inscripción para participar de la jornada que organiza la Universidad Nacional de Tres de Febrero y que tendrá lugar el sábado 3 de septiembre. Más datos: untref.edu.ar

Jornada Nacional por la Implementación de la Ley Diana Sacayán. Organizan: Diputada FPV Karina Nazábal, Conurbanos Por La Diversidad, MAL, ALITT, Abosex, Otrants, AMI. Viernes de 10 a 17, Cámara de Diputados de la Provincia de Buenos Aires, Calle 53 entre 8 y 9, La Plata.

RECITALES

Boca de Buzón. El dúo integrado por Paula Maffia y Mariana Bugallo se pre-

senta este sábado a las 21 en Casa Brandon, Luis María Drago 236.

Las Grasas Trans. Junto a Nihilisa Simpson y Sasha Sathya. Domingo a las 21, Ladrán Sancho, Guardia Vieja 3811.

Malvin y Los Chongos. Sábado a las 22, Bar Setenta y Siete, Estados Unidos 671.

CINE

Festival de cortos. El Municipio de Merlo y Conurbanos por la Diversidad invitan al festival de cortos lgbti que llevarán a cabo este sábado a las 15.30, El Tejadito, Av. Constitución 151, Merlo.

El evangelio según San Mateo. La película de Pier Paolo Pasolini de 1964 se proyecta en el marco de la muestra "Dowek/Pasolini", curada por Kekená Corvalán. Martes y jueves a las 18.30, Galería Jacques Martínez, Av. de Mayo 1130, 4° "G".

LIBRO

Hoteles. Presentación del primer libro de poesía de Enriquet Mulet. Musicaliza: Camila López. Jueves a las 21, Casa Brandon, Luis María Drago 236.

DANZA

Ballet x 3. El Ballet Contemporáneo del Teatro San Martín presenta un programa integrado por coreografías de Mauricio Wainrot, Carlos Casella y Elizabeth de Chapeaurouge. Jueves a las 19.30, viernes y sábados a las 20.30, Auditorio de Belgrano, Virrey Loreto 2348.

EXTRA

Festival por el aborto legal. Feria de libros y fanzines, muestra de fotos y stand up con Señorita Bimbo. Tocan: Las Golondrinas, Karen R. Bennett, Valeria Cini, Planctons, MeGaFauNa, Todos Los Problemas, DJ Carla Tironi Farinati. Sábado a partir de las 20, El Emergente, Francisco Acuña de Figueroa 1030.

QUE TIEMBLE EL MUNDO

Hoy se llevará a cabo la **Jornada “Eróticas que diversifican los deseos”**, que propone un cruce inusual entre reflexiones sobre la diversidad funcional (discapacidad) con otras miradas como la de la disidencia sexual y el feminismo, entre otras desobediencias. Aquí, un adelanto exclusivo para SOY: un relato en el que se cruzan temblor y mariconería.

texto El título suena lindo, por eso
Beto no lo cambio. Pero en principio es mentira. El temblor
Canseco corporal se refiere precisamente a un movimiento que

es involuntario, que una no hace, una no es agente, sino que se trata de una oscilación rítmica que se define particularmente por el hecho de que no tenemos nada que ver con su inicio o incluso va en contra de lo que queremos de manera voluntaria.

Así, el temblor de alguna parte del cuerpo, de la cabeza, miembros superiores o inferiores, de la mandíbula, de los ojos, de cuerpo entero suele estar relacionado con determinadas experiencias que parecieran provocarlo: el miedo, el nerviosismo, el frío, el estrés o con diversos diagnósticos neurológicos. En mi caso en particular, por ejemplo, lo que tiemblan son mis manos y el diagnóstico a través del cual el saber médico lo gestiona es a través de lo que se denomina temblor esencial, lo cual básicamente significa que se desconocen sus causas pero se presume que se trata de una condición congénita. A lo largo del tiempo pasé por diversos tratamientos que se suponía podrían ayudarme a controlar el temblor, pero ninguno tuvo mucho efecto -más que los efectos secundarios, digamos- (probé antiparkinsonianos, inyecciones en la espalda, un tipo de ansiolíticos, etc.), por lo que, cerca de los veinticinco años de edad, dejé cualquier tratamiento y ya no me he acercado más al saber médico por esta cuestión en particular.

Así, en mi cuerpo se intersectan dos diferencias: el temblor y la mariconería, las cuales me hacen pensar algunas cuestiones que quisiera compartir a través de este texto. Por un lado, el hecho de que muchas de nosotras rediseñamos nuestros movimientos en las actividades que llevamos a cabo, utilizando partes del cuerpo para funciones que no parecieran corresponderles (para quienes temblamos, muchas veces el uso de las dos

manos o el apoyar el codo, o buscar un tercer apoyo con la boca, pueden ser modos posibles de movernos y que no siempre son bien vistos); lo mismo podríamos pensar sobre las zonas corporales u orificios que no son considerados sexualizables (sin ir más lejos, hace unas semanas, un semanario católico de México esgrimía, como argumento contra el matrimonio igualitario, que el ano de los varones -no explicaba porque tan solo el de los varones- era para expeler, nunca para ser penetrado). Esto nos habla claramente de una construcción (capacitista y heterosexual) de nuestros cuerpos.

Por otro lado, tanto el temblor como la mariconería devuelven el hecho de que somos atravesadas por miradas y opiniones sobre nuestros cuerpos que muchas veces están vinculadas con un afecto en particular y que vale la pena repensar: la vergüenza. A propósito de ello, Eve Kosofsky Sedgwick se pregunta si acaso alrededor de este afecto no hemos construido nuestras identidades muchas de nosotras, quienes luego hemos hecho alianza a través de políticas queer. Así, dice Sedgwick, tal vez aquell*s que se asumen como queer son precisamente, en sus propias palabras, “aquellos cuya identidad es por alguna razón entonada más durablemente bajo el acorde de la vergüenza”. De este modo, tal vez más interesante que negar esa vergüenza sería reapropiarnos de ella, transformarla, renarrarla y resignificarla. ¿Puede ser esta experiencia de subjetivación un punto nodal para pensarnos en alianza feminista, disidente sexual y diverso funcional? Por otra parte, la vergüenza apunta además a la experiencia de ser cuerpos que son «mirados» (percibidos/reconocidos) y que, en definitiva, son constituidos a través de la dependencia a esas experiencias de reconocimiento. De esta manera, si es cierto que nuestro vínculo con el mundo es de dependencia fundamental,

también es cierto -y en esto ha insistido muchas veces Judith Butler- que somos vulnerables, que nos pueden herir y dañar y esa posibilidad no puede negarse sin negarnos de algún modo a nosotr*s mism*s. De la misma manera, también puede suceder, y en esto quisiera insistir aquí, no solo que nos hieran, sino que esos vínculos con el mundo se eroticen. Y esto también está fuera de nuestro control y esa una posibilidad que no debiéramos negar. No sabemos cuándo sucederá, el placer sexual puede interrumpirnos en cualquier momento y no debiéramos arrogarnos el conocimiento de antemano acerca de qué cuerpos podrán hacerlo. No sabemos qué puede un cuerpo y parece importante sostener esta pregunta si es que queremos ser alguna otra cosa de lo que se nos ha hecho. No sabemos qué puede un cuerpo; y sin embargo, pareciera que sí lo sabemos y esta certeza es la que obtura la exploración de posibilidades y el desafío de los límites corporales, tal como los conocemos. No sabemos qué puede un cuerpo y sin embargo no todos los cuerpos vivimos en condiciones igualitarias para poder explorar respuestas novedosas a esta pregunta. Militar el placer sexual tendrá que ver, en ese sentido, con sostener esta pregunta ética y abogar porque tod*s podamos tener la oportunidad de sostenerla.

En síntesis, sugiero que quienes queremos hacer temblar los supuestos ontológicos que obturan el placer deberíamos hacer alianzas alrededor de una recuperación de nuestras subjetivaciones avergonzadas. Y volvemos así cada vez más desobedientes de los sistemas obligatorios de capacidad corporal y heterosexualidad. ●

Viernes de 9 a 18, Facultad de Ciencias Sociales (UBA), Santiago del Estero 1029. Organizan: Lic. María Elena Villa Abril y Prof. Silvina Peirano.



EL ALMANAQUE INTERIOR

Desde los años 70 se vienen realizando estudios que proponen dismantelar el estereotipo de la vejez gay condenada al patetismo, la soledad e incluso la violencia. Algunos estudios apuntan a que la familiaridad con la crisis volvería a esta comunidad mucho más fuerte para enfrentar el deterioro y las consecuencias del envejecimiento. Necesariamente gays y no gays, lesbianas y no lesbianas tienen un modo de visualizar la propia vejez y la de los otros. Aquí, una descripción de éstas y otras hipótesis para afrontar el paso del tiempo con palabras, la teoría también puede ser una buena crema anti age.

texto
Ernesto Meccia

La mayoría de las imágenes sobre el envejecimiento gay resultan patéticas. Depresión, soledad, aislamiento y autoflagelación son atributos que no tardan en aparecer. Es claro que esto no viene de la nada, tiene una base en la realidad pero, de todos modos, es un error equipararlo con las representaciones que tienen los mismos gays que son viejos o están envejeciendo. Sensible a esta precaución, lo que voy a presentar a continuación es una tentativa de “abrir el juego” para pensar de forma plural cómo los gays pueden ver el envejecimiento gay.

LA VEJEZ GAY ES MEJOR QUE LA HETEROSEXUAL

En EE.UU., en los años 70, ya existían estudios que combatían el estereotipo de que la vejez gay representaba la contracara negativa de la vejez heterosexual. Por ejemplo, Douglas C. Kimmel sostenía que el envejecimiento gay no era traumático y sí lo era el de los heterosexuales. Basándose en entrevistas en profundidad, elaboró la tesis de la “competencia en crisis”. Los varones homosexuales, a partir del turning point de la relevación de la condición sexual, aprendieron a enfrentarse con distintas fuentes de rechazo social: desde la familiar, pasando por la escolar y la laboral. Esta circunstancia hizo de ellos precoces expertos en el manejo de crisis, administradores de la adversidad, campeones en el desarrollo de estrategias situacionales para salir airosos cuando todo el mundo quería aplastarlos. Si miraban su ya larga vida, podrían apreciar cuánto

habían logrado, a un punto tal que podrían dar crédito a aquellas famosas palabras de Friedrich Nietzsche: “aquello que no mata, fortalece” o “el veneno que hace perecer a las naturalezas más débiles, fortalece al fuerte.” Convertidos en “superhombres” de la vida cotidiana, la vejez no tendría chances de aparejar una crisis especialmente dramática puesto que todas ya las habían vivido y puesto que en su subjetividad yacía un stock de conocimientos de probada eficacia anti-cataclismos. La adversidad y el sufrimiento temporales serían escuelas de vida decisivas para los gays viejos que Kimmel entrevistó en la segunda mitad de los años 70. El experto en crisis no tiene que aprender en la vejez a vivir solo, ni a cocinar, ni a lidiar con las cuestiones del hogar. Quienes sí deben pasar por ese aprendizaje son los pares etarios heterosexuales, característicamente porque enviudan. Así, a contrapelo de los estereotipos de variada procedencia, se tendría que la homosexualidad *per se* no es un factor de mal envejecimiento. No escapó al autor que los testimoniantes señalaran una serie de desventajas, pero las mismas no son imputables a la homosexualidad: los problemas de salud, y/o los ingresos monetarios insuficientes, y/o la depresión por la jubilación y por la des-socialización creciente, son cuestiones transversales. Este enfoque está presente en investigaciones más recientes que siguen destacando altas capacidades de resiliencia en gays y también de lesbianas. Las mismas, además, enfatizan la variable “capital social,” que parecería jugar un papel para el mantenimiento de la alta estima de sí.

El capital social tiene dos indicadores: los “amigos” y, sobre todo, la “comunidad gay” la cual no solamente se reconoce sino que se visualiza como un lugar donde desarrollar actividades. En breve veremos cómo otro enfoque cuestiona seriamente este postulado.

Las conclusiones de estas investigaciones son óptimas... pienso que tal vez por demás. En su afán de brindar una versión alternativa de la vejez, la teoría de la competencia en crisis, llegado un momento, corre el riesgo de crear formas de invisibilización de realidades específicas del envejecimiento gay.

Las investigaciones en salud, por ejemplo, llevan a que nos preguntemos si la competencia en crisis no culminaría cuando los viejos gays se enfrentan a entornos médicos y de cuidados de la salud. En un estudio, el 18 % de los gays manifestaron una valoración negativa de los servicios de salud puesto que sus efectores son insensibles frente a la orientación sexual. En tanto que un 25 % de los gays dijeron que directamente no manifestaron su condición sexual o raramente hablaron de ella. Aún personas gays mayores que habían logrado hacer el coming out frente a sus familias encontrarían un límite cuando se hallan expuestos ante la mirada médica, frente a la que quedarían paralizados, retrocediendo y haciendo un coming in en lo que a comunicación de la salud respecta. En estos casos, más que ante la competencia en crisis estaríamos ante la extraña “competencia” de evitar situaciones de crisis sentidas como embarazosas debido al peso del estigma.



Durante mucho tiempo la imagen del actor Dirk Bogarde en la película *Muerte en Venecia*, de Luchino Visconti, fue concebida como el destino patético y obligado de la vejez gay.

VEJOS ANTES DE TIEMPO

Esta percepción del almanaque interior está presente en el humor gay, en las películas que han consagrado como de culto, en los argots de los ámbitos de prostitución masculina y en las etiquetas de los websites pornográficos. Una vez leí que un investigador publicó un aviso clasificado en distintos medios comunitarios gays a finales de los años 70. Buscaba varones homosexuales de los “más viejos” que le concediesen entrevistas. Se sorprendió de haber recibido un número importante de respuestas por parte de personas que estaban entre los 30 y los 40 años. No creo que sea adecuado hacer frente a esta percepción diciendo que los y las heterosexuales también perciben el paso del tiempo con precocidad. Y esto a pesar de que a muchos lectorxs no pasarán inadvertidas las publicidades de ropa interior para personas con “incontinencia urinaria moderada”, que según los expertos publicitarios, comienza a manifestarse después de los 55 años. Tampoco lo expresado debería servir para afirmar que los gays tienen una lectura “errada” de la realidad. Tenemos que tratar de ver desde adentro: ¿qué factores propios de la historia de la homosexualidad incidirán en este ritmo acelerado? Quisiera presentar dos conjeturas.

Primera: los homosexuales que hoy son viejos fueron jóvenes en los años 60 y 70, por lo tanto, transitaron por entramados sociales, jurídicos y políticos adversos. Ya lo sabemos: era tal el nivel de represión y autorrepresión que muchos directamente se retiraban o no se involucraban en diversas oportunidades interaccionales por el

miedo a ser descubiertos y ser masacrados por el descrédito. Recuerdo que en mis diálogos con viejos gays una de las expresiones que más surgía era “muerte civil”. Principalmente la familia era el lugar del que se pretendía huir. Ante semejantes retiradas de la vida social podemos plantear que, desde temprano, ellos sentían que se encontraban fuera de la historia o, por así decir, que la historia era algo que “les pasaba”, en tiempo y en experiencia, a los otros, es decir, a los heterosexuales. Por ejemplo, a sus hermanos y a sus hermanas que seguían cumpliendo con un conjunto de ritualidades dadoras de un sentido de que el tiempo transcurría. Imposible no recordar a Iván (67 años): “¿Qué futuro podías esperar? No tenías nada ¡nada! por delante”. Si imaginariamente un almanaque funcionaba, ése era el de la sociedad heterosexual, el de ellos, el almanaque interno, estaba detenido. La vida era espectáculo obligado o algo semejante a un tren que veían pero no podían tomar. Los ritos de pasaje que vivenciaban los heterosexuales, como los de convertirse en padres, festejar la graduación de los hijos o, finalmente, ser abuelos, no eran vivencias “propias” de los homosexuales en aquellos contextos sociales y jurídicos. Es probable que se encuentre allí parte importante de la clave de esta alteración de la temporalidad: aquellas personas habrían vivenciado las mismas etapas que los heterosexuales - habrían compartido la historia- pero sólo hasta la adolescencia, el momento del descubrimiento sexual y, en consecuencia, del subsiguiente ocultamiento y de la retirada de la corriente de las vivencias socialmente pautadas, las vivencias de quienes queda-

ban “adentro” de la historia. En estas condiciones, “jóvenes” solamente podrían ser los heterosexuales porque solamente ellos cumplirían dentro de la “juventud” con los ritos socialmente convencionalizados. En cambio, los homosexuales, privados de estas posibilidades, “saltaban” directamente desde la adolescencia a la “madurez”. El envejecimiento, en consecuencia, les quedaba mucho más cerca. Qué horror. Segunda conjetura sobre el sentimiento de precocidad: ¿cómo no ponderar en este “gran” salto adelante la influencia del sentimiento de pérdida y duelo de la época del SIDA? Justamente estas generaciones de homosexuales la vivieron. En esa tremenda coyuntura también tuvieron que hacerse grandes aceleradamente, crecer de golpe, experimentando en plena juventud gigantescas pérdidas afectivas, esas pérdidas que sus pares heterosexuales muy por lo general comenzarían a experimentar en su vejez. Como vemos, nuevamente un proceso dramático llevaría a estas personas rápidamente hacia la vivencia de eventos propios de otra etapa de la vida. Otra vez, el horror. ¿Cómo, bajo estas condiciones, no sentirse maduro antes de tiempo? Este es el quid de la cuestión.

Una reflexión aparte, que puedo presentar mas no desarrollar aquí, es que esa percepción del tiempo varía según los entrevistados sean gays o lesbianas. El investigador Robert Schope dirigió una encuesta en la que preguntó cómo percibían que la “sociedad gay” y la “sociedad lesbiana” percibían el envejecimiento gay y lesbiano. Las respuestas tenían que ubicarse en una escala que incluía: “terrible”, “tolerable”, “aceptable”, “buena” y “fantástica”. En un

Meyer propone pensar la diferencia entre envejecer “individualmente” como gay y envejecer como “miembro” de la minoría gay; una distinción que trae rápidamente a la polémica la cuestión del “capital social” y el “capital institucional” de los sujetos discriminados.



porcentaje significativo los varones eligieron las opciones “terrible” y “tolerable”, en tanto las lesbianas las opciones “aceptable”, “buena” y “fantástica”. Luego, les preguntó cómo veían su propio envejecimiento. Aunque con menos énfasis, la tendencia general se mantenía: una visión bastante más negativa por parte de los varones.

LUGARES QUE AÚN NO EXISTEN

Existe una idea que no hemos explorado lo suficiente: el estrés en la vejez, en particular, el que pueden sufrir quienes pertenecen a grupos discriminados. Primero quiero presentar una definición, que tomo de Ilan Meyer: “el estrés puede ser definido como cualquier condición que tiene el potencial de despertar la maquinaria adaptativa de una persona. Utilizando el análisis de la ingeniería, el estrés puede ser descripto como una carga respecto a una superficie de apoyo. Al igual que una superficie se puede romper cuando el peso excede su capacidad para soportar la carga, el estrés psicológico ha sido descripto como un punto de ruptura a partir del cual un organismo puede llegar al “agotamiento”. Por un lado están los “estresores generales”, que son ubicuos y que todos somos candidatos a padecer, por ejemplo: la pérdida de seres queridos, situaciones crónicas como la falta de empleo o la aparición de una enfermedad crónica. Por otro lado, existen factores cuya incidencia no es ubicua porque afectan a los integrantes de grupos minoritarios catalogados negativamente. Son los “estresores de minorías”: el silencio, la invisibilidad, las agresiones, la indiferencia, etcétera. Si recordamos la pertenencia generacional de las personas cuyo envejecimiento queremos comprender, podemos decir que son candi-

datos con muchas chances de padecer lo que Meyer llama “estrés de minorías”. Es interesante comparar esta visión con la de la “competencia en crisis”. Si ésta pone el acento en la “idoneidad”, cuando hablamos del estrés tenemos que la idoneidad es una de las respuestas posibles de la maquinaria adaptativa de las personas hundidas en contextos de discriminación. Pero no hay nada de necesario en ello. La otra respuesta de la maquinaria puede ser, justamente, una “no respuesta”, producto de la incapacidad de elaborarla. El estrés de minorías se produce tras el agotamiento subjetivo ante un conjunto de circunstancias (reales e imaginadas) que abruma a los viejos gays, atascándolos, en términos generales, respecto de la acción. Es a partir de entonces que afloran la depresión, el aislamiento, la soledad, el malestar. Pero cuando pensamos el estrés de las minorías, es necesario explorar la idea de que pertenecer a una minoría puede tener un resultado positivo: justamente la pertenencia permitiría resolver el estrés y convertir a los gays mayores en sujetos “competentes” para enfrentar lo que tengan que enfrentar. Más allá de que podamos presentar miles de sospechas acerca de la noción sociológica de “minoría”, vale la pena seguir el argumento. Meyer propone pensar la diferencia entre envejecer “individualmente” como gay y envejecer como “miembro” de la minoría gay; una distinción que trae rápidamente a la polémica la cuestión del “capital social” y el “capital institucional” de los sujetos discriminados. O mejor dicho, la cuestión de la “relación” entre ambos capitales, ya que sin el segundo no podría ni lograrse ni mantenerse el primero. El capital social refiere a la

pregunta: ¿con qué personas puedo “capitalizarme”, enriquecerme subjetivamente? en tanto que el capital institucional hace referencia a los medios instituidos que la gente dispone para lograr ese enriquecimiento. Concretamente, si estas personas viejas o en proceso de envejecimiento no tienen adonde ir ni en donde permanecer, se encuentran privadas de interacción y, en consecuencia, se volvería difícil construir y salvaguardar la estima de sí. Por un lado, es muy probable que manejen en potencia nuevas ejes cognitivos referidos a la homosexualidad (imágenes suministradas por medios de comunicación que dejaron de demonizarlos). El problema es que sin un complemento (un “plug in”) que los ponga en funcionamiento esos ejes están destinados a convertirse en letra muerta. Ese plug in tiene que ser institucional. Esto plantea un gran interrogante que desplaza el análisis hacia dimensiones de la cuestión que recién ahora están asomando en la política pública. ¿En dónde, en qué lugares estos gays podrán socializarse, encontrarse, reconocerse y desarrollar un sentimiento de pertenencia que neutralice las imágenes negativas de la vejez gay? La pregunta es significativa ya que -aunque hoy es necesario revisarlos- varios estudios demuestran que existe por parte de gays adultos y adultos mayores una tendencia a retirarse de los circuitos de socialización con propósitos socio-sexuales (bares, saunas, discotecas), circuitos que ven con un importante sentimiento de exterioridad y ajenedad, a lo cual habría que sumar la sensación de extrañeza derivada de la denominada “brecha digital”. Pero no están solamente las cuestiones identitarias, también están las relativas a la

La percepción del almanaque interior está presente en el humor gay, en las películas de culto y en las etiquetas de los websites pornográficos. En los 70, un investigador publicó un aviso en distintos medios comunitarios gays. Buscaba varones homosexuales de los “más viejos” para entrevistas. Se sorprendió de haber recibido un número importante de respuestas por parte de personas que estaban entre los 30 y los 40 años.

salud y a los cuidados en general: ¿cuáles son esos lugares? ¿hay que crearlos? Y también: ¿cómo transformar los que ya existen en ámbitos que alienten la comunicación de los problemas de salud física y de malestar psíquico por parte de sus “nuevos” usuarios? Por último, un gran tema: ¿qué tendría que hacerse para que los efectores de salud aprendan a hablar sobre las cuestiones que suceden en ese mundo que su formación profesional no los alentó a visibilizar?

Para que se pueda envejecer acompañado de imágenes dignificantes hace falta un entramado institucional que aún no existe ni como “forma social pura” ni como parte de la agenda de un programa integral de política pública destinada a la vejez LGTB. Esa ausencia impediría poner a favor del envejecimiento gay la pertenencia minoritaria. En Argentina estamos empezando muy de a poco. La experiencia del Centro Cultural Puerta Abierta es interesante, primero, como iniciativa en sí misma y, luego, como indicio de que el tema está entrando en agenda.

Para cerrar, vale recordar que estas reflexiones se ciñeron a los varones homosexuales que en la actualidad son viejos o están en proceso de envejecimiento (y también a los que ya no están), es decir, a la vejez de “sobrevivientes” del silencio y la invisibilidad. No dudo que este artículo no podrá escribirse tal como se lo leyó cuando comiencen a envejecer los jóvenes de hoy. ●

El tiempo no para (Eudeba) se presenta el miércoles 14 de septiembre en la Facultad de Ciencias Sociales (UBA), con Daniel Jones y Leonor Arfuch

¿QUÉ VOY A HACER CUANDO SEA GRANDE?

Soy hizo una encuesta informal entre sus lectores, varones gay, cis, entre 20 y 40 años, preguntando cómo se imaginan su propia vejez, cómo perciben a los gays mayores de hoy comparados con los de otras épocas y si se sienten atraídos por ellos.

“La vejez gay no se imagina. Es un tabú, un lugar del monstruo” (Darío, 25). “A veces me visualizo como un patriarca contándoles a los jóvenes de cuando ser gay, lesbiana y trans significaba vivir con miedo. Que mi voz y mi Alzheimer sean un recuerdo y una anécdota para las juventudes sin esos problemas. Me imagino en algún geriátrico friendly con toda la fauna” (Nicolás, 24). “Imagino para mí en un futuro lejano una nueva propuesta que escape al deprimente geriátrico. No creo que se escape de la nostalgia. Pero seguro tendrá otro color con música pop, disco y house” (Nacho, 28). “Mi vejez la imagino activa y feliz. Activa porque seguiré trabajando. Me parece que el viejo gay tiende menos al encierro y se da la posibilidad de salir más a bailar, cenar con amigos, viajar, fumarse un porro antes del sedentarismo.” (David, 38).

Ante la pregunta sobre cómo ven a la vejez gay de hoy y de ayer, respondieron: “A los viejos los veo bastante excluidos del sistema y de los medios. Y del arte. Ni hablar de los gays. Ni hablar en provincia. Tenemos varios artistas de edad avanzada que son mediáticos pero no hablan de sexualidad o su experiencia. O los declarados son los que terminan estigmatizados de under...” (David, 38). “Algunos están muy liberados y otros muy intimidados por la dictadura juvenil que pretende que todos nos quedemos en unos 25 años eternos. Es entendible, es un bombardeo masivo que impone algo que no se puede mantener siempre” (Juan Pablo, 35). “Los veo con más chances de relacionarse social y sexualmente con gays de distintas edades, pero no necesariamente con más facilidades de vincularse afectivamente” (Mariano, 27). “Los gay estamos más preparados para envejecer.

Puntualmente, yo lo atribuyo al desapego, a la tranquilidad para encarar relaciones, para entender la vida en soledad” (Federico, 25). Todos los encuestados coinciden en que los tiempos pasados fueron peores: “tengo cero mirada romántica del pasado. Hoy tenemos muchísimo mejores perfectivas para nuestra vejez en comparación a los viejos de antes, tengo la imagen de un tío abuelo que nunca asumió, para con nosotros, su sexualidad. La vivía en oscuridad y solo yo supe e inferí que era gay por unas revistas porno que encontré en su casa una vez. Amén de otros factores. Recuerdo que falleció con un gran sentimiento de indignación y frustración” (Luciano, 25). Para muchos el crecimiento de la cultura osuna fue fundamental para abrir el juego: “A los viejos de hoy los veo más lanzados, menos cohibidos, con una mayor aceptación de sí mismos que años atrás con respecto al paso del tiempo y al propio cuerpo. El ambiente osuno valora muy positivamente el cuerpo adulto, las panzas, los pelos canosos, y eso levantó mucho la autoestima de los maduros” (Jaime, 34)

A la pregunta de si estarían con un hombre maduro algunas respuestas fueron: “No sé por qué mis gustos son estos y hasta desearía que mi rango fuera más amplio y no tan limitado, pero sólo me gustan mayores o alrededor de 50. Desde lo corporal, me resultan atractivos los cuerpos maduros, grandotes, y desde lo intelectual/espiritual, me resulta más interesante un hombre con experiencia y mucho tránsito por la vida que un joven que lo está descubriendo todo” (Jaime, 34). “Claro que estaría con un viejo. A careta quitada diría que me gustan por el típico morbo ‘padre hijo’ y demás ‘perversiones’ que una diferencia de edad tan grande conlleva” (Alejandro, 28). “¿De qué hablamos cuando hablamos de viejos? La expectativa de vida, la tecnología, la cultura toda ha generado posibilidades para que nadie sea necesariamente viejo después de los 50. Diría que yo en mis veintipico con muchos amigos mayores de 50, no tengo relación con ‘viejos’. Las personas adultas que frecuento tienen una actitud jovial, logrando escapar victoriosos de esa categoría” (Nacho, 28). “Catalogar por edad (entre tantas otras categorías fascistas que hay en la putez) me parece bastante desagradable. En vez de tantos no, los perfiles y personas podrían ser más receptivas y permitirse sorprender. Quizás no haya garche, pero siempre puede haber algo” (Lucas, 25). “Ser mayor de 50 es solo una de tantas particularidades. Me gusta el afecto, la inteligencia, que me pregunten cómo estoy, que me recuerden si me quieren. Hay mayores de 50 que reúnen lo que me gusta. Claro que estaría con uno” (Leandro, 32). “Lo lamento. Todo bien con la teoría y la inclusión pero no todos podemos separar nuestros deseos de lo que el mercado nos induce a que percibamos como sexualmente atractivo. Veo muy difícil estar con un viejo. ¡A no ser que se trate de un tremendo viehot!” (Juan, 23)



TORTITAS DE MANTECA

Pastel de cereza, el corto de Jessica Praznik consigue mostrar con sutileza la vergüenza y la atracción entre chicas en la adolescencia, con levadura y sin bajada de línea.

Texto Es alrededor del mediodía: la
Gabriela sombra de los árboles cae
Cabezón casi recta abajo de las
Cámara copas sobre una calle de tierra que se discrimina apenas de la vereda. Se escucha

una voz de mujer, “amor, amor, amor”, canta, y entran en el cuadro una bicicleta blanca y dos chicas, “cómo te voy a olvidar, cómo te voy a olvidar”, sigue más alto, una con el guardapolvo puesto y bailando la cumbia con cadencia murguera, la otra con el guardapolvo enrollado en la cintura y cantando y, ahora sí, la versión que Los Marios Remix hace de “Cómo te voy a olvidar”, de Los Angeles Azules, estalla, y las chicas se achican mientras avanzan por la calle bailoteando, y aparecen los créditos: Naiara Awada y Malena Villa, dicen los primeros, los nombres de las dos actrices, muy jóvenes y de actuación impecable en este corto, que se llama, siguen los títulos, “La fábrica de tortas: Pastel de Cerezas”: dura 15 minutos deliciosos. Cuenta una historia chiquita con una precisión y una austeridad de recursos que deja clarísima, en estos casos la paradoja es signo de fuerza, la riqueza de recursos de su directora, Jessica Praznik, Mariana Poiny (idea original), Pepa Astelarra (guión), y su productora, La Fábrica de Tortas.

Sofía y Luján, los personajes de Awada y Villa, siguen caminando y hacen cosas de chicas de cuarto o quinto año. Fuman a escondidas, hablan con la hermana de Sofía que es torta, Luján le hace gestos obscenos y simpáticos con las manos

representando una tijera a su amiga, se ríen, Sofía se tira y le tira desodorante a su amiga, entran a la casa, vive con el padre y la abuela, Sofía vuelve a hablar con su hermana y se pone de manifiesto un conflicto familiar: para las chicas, Sofía y Luján, la posibilidad del lesbianismo es manifiesta, de hecho Luján tiene novia, pero la hermana de Sofía no se siente libre de contárselo a su abuela y a su papá no le gusta nada. La tensión sexual entre las chicas se representa con tanta sutileza como contundencia. Toman café y comen galletitas, las mojan en el café primero, en el patio. Planos bien cortos sobre la boca de Luján precedidos y seguidos por la mirada de Sofía, por ejemplo, ponen al deseo a la vista. Las dos chicas se sienten atraídas entre sí: pero de esa reciprocidad sabe el espectador, no ellas. Se preparan para una fiesta, van, Luján baila con su novia, a Sofía le toca ser parte de una pareja en uno de esos juegos de calentura que hacen los chicos a esa edad: salen sorteadas dos personas, chica y chica dice la que sortea, y una actividad. En este caso, un beso de lengua de tres minutos. A Luján el beso la quema como un rayo a un árbol: la deja echando humo, con la conciencia iluminada por un nuevo saber; una no elige de quién se enamora. Y, una vez acaecida la caída, evitarla no es una opción.

Una delicia la película, decía. No sólo cuenta una historia muy chiquita con belleza, austeridad y precisión, haciendo visible pero sin caer en ningún momento en los

imperativos didácticos del activismo bobo; también logra hacer un universal del pequeño episodio que podría ser catalogado como de género. Por último, otro de los hallazgos de Praznik es tramar su trama con la cotidianeidad de la vida pueblerina y con la cultura popular. Por la cumbia, claro, por la fiesta de los chicos, por las calles del pueblo y, también, por una de las reflexiones de Sofía cuando habla de su relación con su hermana mayor, que vive con su novia: “Ella es torta primero, yo no puedo ser torta” que nos manda derechito a uno de los clásicos de la comedia argentina, “Esperando la carroza”, a la escena del teléfono en la que China Zorrilla dice de su vecina: “Yo hago puchero, ella hace puchero; yo hago ravioles, ella hace ravioles”. Jessica Praznik y La Fábrica de Tortas siguen trabajando en “la reproducción del tercer cortometraje de La fábrica de tortas y en etapa de escritura de lo que será mi primer largometraje. El largometraje también forma parte de La fábrica, y junta físicamente a todos los personajes de los cortos, no solo a los que ya vimos, sino también de los que se habla. Es una historia hermosa, sobre el rol de la familia, el amor, el desamor, la vida, la muerte y la vida después”, adelanta Jessica y por acá no tenemos dudas de que las vamos a ir a ver. Pero para empezar, vayan a ver *Pastel de Cerezas*. ●

Hoy a las 17.30 en el MARFICI (Sala Radio City, San Luis 1752) y el 21 de agosto a las 19 en Casa Brandon (L. María Drago 236).



La artista y activista callejera **Paola Baroque** presenta *Lesbianx extremx*, una muestra de piezas pensadas para circular por las calles y que a las calles volverán en cuanto termine la muestra.

Texto
**Paula
Jiménez
España**

La chica tiene la cara semi tapada y sus ojos asoman intimidantes. Con la derecha sostiene un aerosol que apunta como un arma, y con la izquierda el velo negro a la

altura de los labios. Su cara podría ser la de una feminista kurda, una suerte de Pussy riot del grafiti o también ser ella misma, Paola Baroque, la creadora de esta imagen recién descrita, varias veces reproducida en las paredes de Argentina y del extranjero en pegatinas y stencils. Paola es una artista, performer e intervencionista urbana que no solo resiste a cualquier encierro —comenzando por el de la identidad— sino que también celebra todo espacio sin dueñx. “Mi familia y mi escuela es la calle —dijo una vez—, yo salgo y el mundo se abre, lo que para muchos representa la inseguridad, para mí es la protección total”. Con su actual muestra “Lesbianx extremx”, esta activista callejera se atreve a romper sus propios límites y en lugar de hacerlo en un muro o sobre el cristal de una vidriera, elige, excepcionalmente, exponer su obra bajo techo. Según ella, Tierra Violeta es un contexto en el cual la institucionalización no le impone las condiciones rígidas de las galerías tradicionales. “La idea de esta

muestra es saber qué pasa con esta cosa intelectual, que devolución me hacen lxs otrxs de lo que estos cuadros les despiertan puestos acá. Yo voy mostrando cómo transgredo la cuestión genérica, cómo la rompo visualmente. A mí no me limita la técnica ni el soporte ni el material. Trabajo con cualquier material, desde bastidores hasta madera”, dice. Sus cuadros, mayormente intervenidos por inscripciones, explicitan una intencionalidad desafiante, aparecen palabras como: “aborto”, “mojadita”, “porno”, “personal”, “freak”, “puta”, “bollo”, “puto”, “queer”, etc. Muchos de estos términos rodean, en una de las pinturas más relevantes de la muestra, una figura compuesta por una cara con barba sobre un torso encamisado que transparente un par de tetas. “Yo voy transgrediendo mi sexualidad —cuenta— y los cuadros muestran eso. El nombre Lesbianx extremx alude a eso con lo que me identifican lxs demás. No sé si es cómo me veo a mí misma, pero lo que trato es de jugar con la mirada del otrx”. Sin dudas, esa mirada podrá sentirse complacida por haber dado con un arte que representa de forma directa la disidencia y la plasticidad de una creadora capaz de abordar diferentes registros estéticos y de reutilizar materiales descarta-

bles como forma de reapropiación simbólica de lo abyecto. En todas las instancias de su procedimiento, desde la creación a los modos de exposición, Baroque puede ser definida como una artista política que se corre de los mandatos de sexo, de género y de clase económica y social. En el desconstruido espacio de la calle Tacuarí, pueden verse estas obras colgadas en las paredes, sobre el piso, en el pasamanos de la escalera o un grupo de ellas enganchadas sobre una tela de alambre (estas son, quizás, las más punks de todas y de ellas pende una cinta de clausura que dice: Baroque instalaciones). De frente, sobre una mesa repleta de panes, se ven también algunas tarjetas pintadas con fragmentos de un cuerpo con dos cicatrices en el pecho y una suerte de cinturón sobre el boxer que dice Trans. Al dar vuelta la tarjeta puede leerse un poema cuyo comienzo reza: “Noté un cuerpo | noté que ya no lo quería | vi partes heridas | que se caía | podridas rotas | se desaparecían | noté | que el calendario corría | día a día | noté una noche | un día | y me pedí una nueva vida (...)”. Este mismo texto se encuentra pintado, verso a verso, sobre pedacitos de madera encontrados en el mismo lugar al que posiblemente irá a parar cuando finalice “Lesbianx extremx”, en septiembre. “Muchas obras las dejo en la calle —dice—, no me importa”. Habrá que estar en la puerta ese día, con las manos abiertas. ●

Lesbianx extremx, en el Centro Cultural Tierra Violeta, Tacuarí 538

CARROCERIA LAMBORGHINI



ENDI RUIZ
FOTO: SEBASTIAN FREIRE

El escenógrafo y director de arte **Endi Ruiz** cuenta cómo hizo para vestir a los personajes de la ópera experimental **El Fiord**, una versión pop en manos de **Silvio Lang** del escandaloso clásico de **Oswaldo Lamborghini**.

Texto
Mariano López Seoane

A fines de los años 60s, Oswaldo Lamborghini produjo con su relato *El fiord* un movimiento sísmico en las letras argentinas. Más de cuatro décadas más

tarde, y por encargo del Centro de Experimentación del Teatro Colón, Silvio Lang propone una alucinada traducción de ese texto revulsivo y fundacional al lenguaje de la ópera experimental. Lang reclutó para su puesta en escena un verdadero dream team de jóvenes talentos, entre los que se destacan el dramaturgo Ignacio Bartolone, a cargo del exquisito libretto; el escenógrafo Leonardo Ceolín y el iluminador David Seldes, responsables de que la ópera se viva como un videoclip de Daft Punk, y el compositor Diego Tedesco, quien firma una partitura que acompaña el delirio desde la disonancia. Endi Ruiz (1988), escenógrafo y director de arte porteño formado en la ENERC y en el IUNA, tuvo a su cargo el diseño de vestuario de esta apuesta lisérgica. Su registro singular combina la fantasía más volada con un amor esclavo por el detalle y el guiño, lo que hace de sus trajes para la escena verdaderas obras, apreciables más allá del contexto que las ha convocado. El diálogo con Endi revela algunos secretos de su oficio, y nos ofrece una entrada lateral y privilegiada a esta puesta que hará historia.

¿Es distinto el trabajo que estás haciendo para *El fiord*, que es una ópera experimental y no es una obra de teatro tradicional del trabajo que hiciste en otros

proyectos?

—No hace mucho que hago vestuario para teatro. Vengo de hacer cosas en moda. Quizás hay algo particular en mi trabajo y es que me formé en artes plásticas, y por eso todo lo que he hecho en moda o en teatro es algo intermedio entre lo escultórico y el vestuario. Los vestuarios que hago son por momentos vestuario objeto o tienen un nivel de detalle en la realización que llega a lo plástico. Creo que lo que es distinto en este caso es el modo en que labura Silvio. Silvio aporta un componente en lo físico en lo que tiene que ver con la dirección de actores que es poco común. Eso hace que a nivel vestuario me quiera matar (risas).

¿Por qué?

—El vestuario, como toda la ropa, tiene una vida útil y cuanto más desgaste físico le das, más se arruina, y entonces hay que estar manteniendo, cuidando, y pensando todo funcionalmente para el movimiento. En una ópera tradicional es más fácil porque los tipos salen y se quedan básicamente quietos, mueven un toque los brazos y listo. Este vestuario yo lo tuve que pensar casi como si fuera una obra de danza. Pero a mí me copa trabajar así: cuanto más se aleja Silvio de una posición cómoda para decidir una puesta, más me obliga a mí como diseñador de vestuario a alejarme de lo que puede ser una puesta clásica. Seguirle el ritmo a él y a sus ideas enriquece mucho mi laburo, más allá de lo que pueda aportar yo.

¿Cómo encaraste este trabajo en particular siendo que es un texto tan mítico,

al que los lectores se acercan con cierto temor y reverencia? Participaste de una puesta en escena que en sí misma es un sacrilegio.

—Silvio fue muy vivo y no me hizo una bajada obvia con respecto a lo que podía ser el diseño del vestuario. El relato en sí arma un clima oscuro y escatológico. Y él me pidió que destrozara ese clima, en el buen sentido, y lo llevara hacia algo casi opuesto: cómico, brillante, pop, con referencias al cómic, etc. En ese limbo en el que están los personajes hay una batalla y para representar esa batalla tomamos tanto cosas del universo de los superhéroes como elementos de la estética del catch, pero con referencias a lo nac&pop y al sadomasoquismo. Todo esto torsionado por cosas que se me iban ocurriendo a mí. Por ejemplo: Alcira Fafó, que en algún punto linkea con las Fuerzas Armadas y a quien en el relato llaman “la loca del alfiler”, para mí no podía no tener un alfiler gigante si esto se aborda desde el código de los superhéroes. Otras referencias tienen que ver con mi imaginario, muy definido por lo fantástico, con una influencia fuerte de la noche, de lo drag-queenesco y del universo de los club kids.

Más allá del diálogo con el director, ¿es importante para vos en este proyecto o en otros el diálogo con los actores, lo que ellos ven de su vestuario, cómo se sienten llevándolo y las sugerencias que te hacen?

—Es súper importante para mí el feedback de los actores. Mis vestuarios son muy cargados pero trato de que lo que hago



FOTO: LEO CEOLIN

sea funcional a lo que necesitan. Si el actor está incómodo o el recargo no suma, no tengo problema en sacar algo porque me parece que lo más importante es que el actor pueda hacer lo que tiene que hacer. Y en todo esto es muy importante la actitud del actor: los mejores actores toma todos los recursos de la escena para darle vida a lo que tienen que hacer. Para mí está buenísimo cuando agrego algo y el actor lo toma al toque y hace algo con eso que va enriqueciendo el personaje. Los chicos de *El fiord* hacen mucho eso. Y entonces se da mucho el ida y vuelta. Planteo un diseño base en un figurín, que se completa cuando la obra empieza a tomar vida en el ensayo. Escucho la voz de los actores, les veo los movimientos, les veo la cara, me fijo si es pelado, si tiene pelo, si es flaco, si es gordo y ahí se me aparece el personaje en la cabeza y empiezo a pensar cómo resaltarle una parte del cuerpo, cómo teparle otra... Por ejemplo, el Negro, el narrador, en el diseño original tenía como una esclavina púrpura, que era algo que se me había disparado al leer el relato de Lamborghini, pero después terminó usando un saco y terminó siendo un presentador retro, más cómico y más pop, porque la impronta de Hernán Franco para actuar es esa.

Es un texto que si bien nos sigue hablando de muchas maneras fue producido en una situación histórica muy particular. ¿Vos te acercaste a este trabajo pensando que se trataba de hacer un vestuario histórico, de reconstruir una época?

–La verdad que no. Ese camino es un poco más predecible y yo trato de romper todo el tiempo con lo primero que se me viene a la cabeza. Sí hay guiños: por ejemplo el personaje de la mujer del narrador, que es como una especie de Pokemon fantasma, tiene también algo de El Eternauta. Y Carla Greta Terón, CGT, tenía en el figurín un vestido de Dior que usó Evita en un cóctel, un vestido increíble todo azul plisado. La silueta que yo quería para Carla Greta Terón era la de Evita en ese cóctel, pero mutada por lo que exige el personaje, que habla de latigazos, de remendadas a latigazos, y por todo lo que padecen esos personajes en ese limbo misterioso. Hay cosas de época pero el tono del vestuario es súper fantasioso y anacrónico. Por ejemplo los del coro para mí son como una especie de wachiturros, que de alguna manera representan al pueblo. Y por otro lado en muchos de los personajes hay elementos que remiten a lo ortopédico y a lo deportivo. La obra plantea una pelea de ring. El Loco tiene las hombreras del fútbol americano y todos tienen rodilleras para aguantar los golpes que se dan. De modo que hay una gran mezcla y eso genera la riqueza y lo fresco que estábamos buscando. Y hay decisiones que tienen que ver con mi proceso creativo personal que van más allá del tono general. El pueblo y Atilio Tancredo Vacán, el que sería el hijo de Perón, tiene cosas que son compradas en La Salada. Yo las podría haber comprado en otro lugar, pero para mí era importante que hubiera algo de La Salada en la obra. Yo quería meter La Salada en el Colón. Son

pequeños caprichos o determinaciones que me pongo para cumplir conmigo mismo.

¿Cómo es eso de “llevar La Salada al Colón”? Es un gesto de obvias resonancias políticas, pero tiene algo propio del arte conceptual también.

–Bueno, en un principio, antes de que la obra tomara forma y de que Silvio me diera la bajada ligada a lo del cómic, yo le había planteado hacer todo el vestuario con ropa de La Salada. Todavía no teníamos idea de cómo se iba a desarrollar todo en términos visuales pero yo tenía esa idea: quería repetir un gesto de Perón, que una vez hizo un discurso en el Colón y llenó el teatro de obreros, de trabajadores sindicalizados. Obviamente la gente del Colón estaba indignada y me pareció divertido repetir ese gesto. Después fuimos por otro camino y la obra se volvió lo que es ahora, pero yo quise mantener algo de esa idea original. Entonces nos fuimos un día con un asistente y un amigo a La Salada y fue un flash. La Salada abre tipo 9 de la noche en un descampado en el medio de la nada. Nos quedamos hasta las 3 de la mañana. Era increíble la mezcla. Latinoamérica al palo. Y me parece que en un texto que se desprende del peronismo tiene que estar la presencia cruda del pueblo. Y más allá de lo que se capte visualmente, creo que como gesto meter eso, meter La Salada en el Colón, tiene una magia que me deja conforme. ●

Últimas funciones: viernes y sábado a las 20, Complejo Cultural Teatro 25 de Mayo, Av. Triunvirato 4444



OTRO CHICO

MARAVILLA

Texto: Luciano Vecchio nos recibe en su nuevo apartamento de **Dani Umpi** Congreso. Habla pausado, **Foto:** serio, acariciando un gato **Sebastián** que parece acabar de nacer. **Freire** Toma café y describe a

Sereno. No es ése el nombre de su gato, sino el de su superhéroe encargado de llevar la luz a las sombras y, de paso, darse unos besos con Serafián, un villano malvado y bastante atractivo. Es imperdonable adelantar un detalle que recién se sabe a la mitad de la historia pero la tentación es demasiado grande. En el cómic tradicional de superhéroes, un mundo aparentemente tan mutante, escasean las sexualidades diversas y se continúa sectorizado desde la heteronorma. Parecía que no era tan así, entre tanto duende y pokemón. Por suerte a algunas de las dignas excepciones las tenemos cerca y podemos charlar con ellas.

¿Qué referencias de superheroínas o superhéroes homosexuales hay en el cómic?

—Pocos, ninguno súper conocido. Por ahí están el hijo de la Bruja Escarlata, Wiccan con su pareja Hulkling en Marvel. En DC, en Young Avenger, están Midnighter y Apollo, una pareja que son como análogos de Superman y Batman, pero esos personajes son la versión superhéroe del pibe de barrio machito, putos pero muy guachoporranga, hiperviolentos. También hay chicas, Batwoman es torta. En la última década se están expandiendo e incorporando personajes. Vecchio puede hablar con propiedad sobre

el tema porque ha tenido la felicidad y el privilegio de dibujar los personajes que admiraba de chico, cuando vivía en Zárate por los años ochenta. A los 19 años abandonó la carrera de Diseño Gráfico y al poco tiempo ya estaba trabajando para Marvel y DC Comics en sagas popularísimas como Liga de la Justicia, Guardianes de la Galaxia, X-Men, Wolverine, Silver Surfer, Batman, Spiderman, Green Lantern, Ben 10 o Wonder Woman, esta última en versión para público infantil, pero no parece lejana la posibilidad de dibujarla en “canon”, en el universo principal. Desde agosto de 2014, a ritmo semanal, fue saliendo a través del sello digital Tótem Comics, “Sereno”, la primera obra en la que es autor integral, dibujando y guionando. En pocos días será llevado al papel, en una hermosa edición de la novel editorial GutterGlitter.

¿Por qué en las descripciones y presentaciones no mencionás que Sereno es gay?

—Lo doy por hecho. De entrada quise que fuera gay pero no quería promocionarlo así. En Superman, por ejemplo, el romance que tiene con Luisa Lane es importante pero la historia no trata de eso, es una subtrama. Quise hacer un paralelismo, que fuera un dato importante en el momento en el que haya un interés romántico pero tampoco que su vida pase por ahí, ni su misión. No es una postura tomada sino algo en función de esta obra. Lo más importante para mí era deconstruir el aspecto de superhéroe masculino patriarcal. Sereno no intenta ser fuerte ni macho. Su sexualidad es

secundaria. Me parece que está bien que haya personajes que se promocionen como personajes gays y que cumpla su función de identificar y encontrar representación pero creo que si se marketinea desde ese lado queda circulando solo en lo que ya conocemos. Lo que pasó con Sereno es que al incorporar el dato a la mitad de la historia siento que se contrabandé la lectura de un personaje lgbt a un público mayormente de varones heterosexuales.

Superambiguo

Sereno es un superhéroe ambiguo, que se mueve con planteos poéticos, filosóficos y metafísicos. Aunque esté en lucha contra la oscuridad mantiene una suerte de “histeriqueo” y encuentros sexuales con el “otro polo”, llevando la tensión al concepto de “dualidad” hermetista que tanto parece interesar al autor. Eso ayuda muchísimo a complejizar y humanizar sus personajes.

¿No tienen un romance?

—No es un romance. Tienen onda y sexo ocasional. Me pareció más genuino con lo que nos pasa en la vida, que no tuviera que terminar la historia con ellos convertidos en pareja, felices. No sé si a Sereno le conviene Serafián románticamente pero se gustan.

¿Cómo ideaste los personajes?

—Empezó como un ejercicio de creación en un taller con Patricio Oliver donde buscamos qué tenían en común las historias que te marcaron. Sereno es una gran mezcla de cosmovisiones, una neo mitología medio new age cruzada con el género de superhéroes. Empecé a ver el género en un

Llegó un superhéroe gay a las filas de la justicia con rayos y centellas. Se llama Sereno. Creció en paralelo a los trabajos que el argentino Luciano Vecchio hacía para Marvel y DC Comics y llegó para aportar matices, nuevas voces y nuevas dudas, además de tensión sexual entre el bien y el mal.

plano discursivo poético. Los superhéroes para mí son una mitología pop actual, donde muchos meten mano en un mismo personaje que representan arquetipos e ideales aspiracionales, con bajadas de línea sobre el bien y el mal, los modos de lidiar con los contratiempos o los enemigos. Me pasa que me gustan los superhéroes y a la vez pienso que si existiera Batman en la vida real me caería muy mal. Sereno es un superhéroe con poderes de la luz, tanto física como mística. Los villanos que aparecen son humanizaciones de abstracciones o de temas que tienen más que ver con la psiquis, reflejos externos de procesos íntimos con los que el personaje lidia. Al mismo tiempo trato de que sea una lectura divertida de leer, no un libro de autoayuda de superhéroes.

¿Cómo trabajaste la dimensión esotérica?

—Estoy interesado en una línea de pensamiento que ve que los mitos del héroe han sido construidos sobre la figura del guerrero que enfrenta los problemas, los conquista y los destruye desde una rivalidad. Es un abordaje medio obsoleto o que responde a una lógica que, a esta altura, se podría cambiar. Se podría aplicar otro modelo, por ejemplo, reemplazando el guerrero por la figura del mago, que no destruye al dragón sino que lo doma y lo incorpora. Hay personajes que van por ese lado como el Wonder Woman. El tema fue que al cierre del libro me encontré que mi sensibilidad había mutado y que todo ese discurso NewAge de la revolución íntima estaba en manos del enemigo.



¿Cómo es eso?

—Cuando empecé Sereno, hace dos años, estábamos habitando un imaginario colectivo donde podía jugar a que ser gay no era un dato importante. Sereno vivía rodeado de monstruos pero la putez no era un problema. Producía una página por semana y sobre el final de la historia la realidad se nos dio vuelta y, de repente, a un montón de sentidos comunes que creíamos conquistados hay que volver a ponerle otra presencia, otro discurso, otra fuerza de lucha, otra vez. No es la misma violencia en la calle ahora que hace siete meses. Siento que lo que podía decir a través de esa cosmovisión positivista ahora es un discurso que se lo agarró para fomentar individualismo y negación. Las espiritualidades disidentes fueron coaptadas por el neoliberalismo y las volvieron a convertir en opio. Somos una generación que habitó el deconstruir su religiosidad impuesta y algunos de los

caminos de exploración que encontramos fue tener una espiritualidad propia, mas-hup, antidogmática.

¿Ya no tiene superpoderes el sincretismo caprichoso y libertino New Age?

—Lo antidogmático, creer en todo y no creer en nada, se redujo a su mínima expresión en modos manipulables y te adoctrinás a no presentar batalla ante la injusticia. El rol de habitar la espiritualidad y el misticismo en el individuo es encontrar un diálogo poético con la naturaleza para coexistir de algún modo. A esta altura estamos tan en las antípodas de llegar a conectar que ese discurso se volvió una carcasa.

¿Será que los arquetipos son de quién se los apropia?

—No sé pero me pienso en el contexto que habito. ●

gutterglitter.mitiendanube.com
/historieta/sereno-print-boceto/
lucianovecchio.com.ar

No piden trabajo. Ellas están trabajando y tienen mucho para contar sobre cómo la cuestión trave sigue siendo una fuente de marginaciones, equívocos y escenas desquiciadas en ámbitos que se consideran amigables.



ALBA RUEDA



MARCELA TOBALDI

EL TECHO DE CRISTAL

texto
**Dolores
Curia**

Lohana Berkins decía que cuando una travesti accede a la vida civil, su vida se modifica, pero que cuando muchas travestis acceden, se le modifica la vida a todo el mundo. El ingreso de la población T a cargos públicos como política de Estado es un logro reciente que le debe a quienes han luchado por él como también a un momento histórico en el que ese reclamo hizo mella. Más allá de las incorporaciones puntuales, la Ley de Cupo Trans -conocida también como la ley Diana Sacayán, que estipula que el uno por ciento de los empleos de la administración pública de la provincia de Buenos Aires sea ocupado por personas trans ha sido un paso adelante. También, su reglamentación, que se está discutiendo en estos días. ¿Alcanza con lo que se ha avanzado hasta acá? Algunos testimonios de personas trans que han accedido a cargos públicos en estos años pueden ofrecer un panorama de la cuestión y de todo lo que falta. Sus voces hablan de vidas individuales pero también resuena en ellas una historia de luchas heredadas. Así lo dice Alba Rueda (INADI): “Seamos sinceras, ninguna de nosotras entró solamente por su CV sino por las acciones que llevaron adelante las organizaciones en coincidencia con determinadas decisiones políticas.”

¡Ella también come!

Cuando a Gabriela Abreliano le preguntan exactamente qué hace en el área de Diversidad Sexual del Ministerio de Trabajo, responde: “rompo prejuicios todos los días”. Porque todos los días la lupa está puesta sobre ella y debe demostrar sus competencias, desde las técnicas y más básicas como dejar en claro que sabe cómo usar el scanner, a otras más complejas como encontrar una salida ingeniosa para responderle a aquellos que no se quieren subir al ascensor con ella y prefieren esperar el que sigue. O reaccionar en situaciones como ésta: “En uno de mis primeros días, a la hora del almuerzo, estaba en el comedor. Viene una jefa, me mira el plato y se sorprende: ‘Epa, ¡qué rico que come ella también!’”.

Problemas técnicos

Alba Rueda entró al INADI a fines de 2006, pero su trabajo no se formalizó hasta 2008. Durante ese periodo de más de un año estuvo sin cobrar por complicaciones técnicas. “Mi expediente estuvo parado durante todo ese tiempo porque para las áreas jurídicas que se encargaban de evaluar a los nuevos trabajadores había incongruencias entre los datos que figuraban en el expediente y los datos de mi DNI. Todavía no había Ley de Identidad de Género, obviamente. Pero en el INADI se habían prometido respetar mi identi-

dad. Pero otras áreas del Estado no lo tenían tan claro.” Al poco tiempo Alba empezó a coordinar el área de 0800 donde recibían denuncias por discriminación y trata de personas: “Era una gran responsabilidad, igual o mayor que la de cualquier otro cargo jerárquico, ya que el 0800 trabaja las 24 horas. Sin embargo, siempre cobré menos que el resto de los coordinadores de otras áreas. Lo que en mi experiencia he visto es que cuando una travesti entra a trabajar la idea generalizada es que tiene que estar muy agradecida con eso pero que ni se le ocurra pedir reconocimientos en lo distributivo. Dar un pasito más: nunca. No es casual que esa misma situación, es decir, trabajar igual que los otros y con la misma responsabilidad pero cobrar menos, se replique con otra compañera travesti que está actualmente en el INADI”. Marcela Tobaldi, (administrativa en la Defensoría General de la Ciudad de Buenos Aires) en la misma línea que Alba agrega: “Somos incluidas en un plan de ‘Y, bueno, hagámoslo con una o con dos’, pero a la hora de decidir darnos una oportunidad de formarnos mejor o ascender de acuerdo a la capacidad que tengamos... olvidate. Tenía un jefe que solía repetirme casi a diario ‘te sacaste la lotería con nosotros’. En una reunión importante no te tienen en cuenta. Luego, si el tema que se trató tiene que ver un tema que conocés, capaz



GABRIELA ABRELIANO



DANIELA RUIZ



VICTORIA ANTOLA

vienen y te preguntan en privado pero el lugar nunca te lo van a dar. Es algo frecuente en las áreas de diversidad, que es a donde en general mandan a las compañeras, y ahí los que suelen tener la tutela son los varones gays. De mis compañeros de oficina puedo decir que me soportan. Se aprendieron mi nombre y me saludan a diario pero olvidate de que alguno te invite a un asado o a su cumpleaños.”

Mostrar la hilacha

De las situaciones de transfobia no se salva ni el INADI. Dice Alba Rueda: “Aún hacia adentro de un organismo como ese existen muchas relaciones de desigualdad en el trato. Es que un trabajo o una dependencia estatal por más que se encargue de combatir la discriminación o de defender los Derechos Humanos no se salva de replicar las lógicas sociales más grandes. Aquí hay personas con las que tengo una gran incondicionalidad, no es casual que la mayoría de ellas sean mujeres. Pero es muy llamativo cómo abogados muy comprometidos con los DDHH en su accionar profesional, en el trato cotidiano muestren la hilacha de la transfobia”.

Meritocracia

En sus primeros años Alba Rueda notaba en su trabajo algo que le llamaba la atención y que era un tema de conversación constante entre sus compañeros:

cómo ascender y conseguir puestos de mérito. “Y está muy bien pero lo que yo no podía dejar de ver era el alevoso contraste. Mientras mis compañeros discutían sobre cuántos puntos más podría sumarles no sé qué maestría, yo estaba peleado porque se me reconociera mi nombre en el documento. Era obvio: nunca hablaríamos el mismo idioma porque lo que nos separa son desventajas estructurales. La desigualdad que solemos vivir en los ámbitos laborales, las que tenemos la suerte de acceder a un trabajo en blanco, son efectos de una lógica social mucho más profunda, mucho más estructural.” Decía Lohana Berkins en las páginas de este suplemento que “la ley (de cupo trans) habla de idoneidad para los cargos, pero ésta se entiende también como expertise, lo que la compañera sepa hacer o esté en condiciones de aprender a hacer, y no simplemente de estudios formales. Porque si no, estaríamos en la misma: ¿Qué currículum se le puede pedir a la compañera, que nunca en su vida ha tenido un trabajo formal?” La biografía de una travesti, dice Daniela Ruiz -Responsable del Área trans en personas femeninas del Ministerio de Desarrollo Social-, puede ser en sí misma elemento suficiente para que sea idónea para trabajar en áreas de diversidad, “conocemos la discriminación por haberla

sufrido en carne propia. ¿Pero ese debería ser nuestro techo? Además de las desigualdades de base siempre te van a estar mirando esperando que te equivoques o no puedas. Hace un tiempo, en un día laboral, fui a la mesa de entrada de un edificio estatal a llevar unos papeles y les dije ‘vengo del Ministerio de Desarrollo’. Y la respuesta inmediata fue: ‘para subsidios es en la planta baja’”. Victoria Antola, que ingresó el año al Banco Central y está trabajando en el Museo Numismático haciendo visitas guiadas en inglés y traducciones, también retoma este punto: “Cuando hablamos de idoneidad para el puesto no se trata únicamente de que la chica ingrese a trabajar, de que ingrese por un beneficio que te otorgan por arte de magia y ahí termina todo. El ingreso tiene que ir acompañado de instancias de capacitación, en forma de pasantías, por ejemplo. Hay que pensar también cómo hacemos para incentivar el ingreso de personas trans en el área privada. Una buena idea son las excepciones impositivas para las empresas que contraten personas trans. Hay que ampliar el foco y eso se logra, por ejemplo, difundiendo el dato de que hay investigaciones del Banco Mundial y del G20 que dicen que las empresas que reconocen la diversidad e incluyen mejoran el clima laboral y por lo tanto mejoran su productividad.” ●



SHAMPEIN

Be yourself. Está muy bien inspirarse de otros lugares y personas pero nunca hay que perder la esencia propia: eso es lo que te va a diferenciar del resto. Además, si te estás copiando se va a notar. Una buena Drag tiene que ser **fashionista** y siempre sentirse la mejor: una diva total. Somos una generación de personas que tenemos la libertad de ser quienes sentimos ser y con toda la información que recibimos todo el tiempo tendríamos que hacerlo cada vez mejor.

Lo que no hay que hacer es tener mala onda. Una tiene que impulsarse por lo que es y recibir todos los comentarios (críticas buenas o malas) con buena onda. Somos seres destinados a ser criticados, pero hay que bancársela y acordarse siempre del valor que tuvimos la primera vez que nos montamos... esa primera vez tiene que ser como todas las veces: desde la primera a la última. Hay que ser **autodidactas**, eso está muy bueno, como también está bueno

adquirir cosas hechas pero yo estoy muy a favor de ser autodidacta. Genera mucho más confianza en lo que expresas: aprendes a maquillarte, peinarte, hacer vestidos. Todo lo que tengo puesto en la producción lo hice yo misma. Un consejito: siempre hay que tener pegamento **La Gotita** en la cartera. ●

Instagram: @shampein_
Twitter: @lashampein
Facebook: Jonathan Benjamin Shampein